

tantes. Su cuadro era eminentemente propio y digno de este día, me he ensayado á bosquejarlo con el conocimiento de la insuficiencia de mis fuerzas, y sin otra preparacion, que la meditacion de algunas horas, no porque creyera sorprenderos y brillar, sino porque lo creí superior á la estéril relacion de los sucesos de una guerra que todo el mundo conoce y al triste mérito que pudieran tener palabras dirigidas á adular las pasiones y los intereses del momento. Este cuadro, es por sí rico y magnífico y á mas él presenta á vuestra gratitud la importancia de los servicios de los héroes de la independencia y á vuestro noble orgullo, la grandiosa influencia de este suceso; lo que á la vez sirve de recordar los deberes que nos ha impuesto el destino. Señores: en la larga vida de nuestra época futura, este será siempre un día grande y de patriótico recuerdo, ningun mexicano digno de este nombre, lo prescribirá, insultando las grandes y gloriosas memorias que le están unidas, y en él, cualesquiera que sean las circunstancias del país, los Jaliscienses se reunirán para celebrarlo, con todo el ardor de su elevado patriotismo. Cien voces elocuentes y solemnes resonarán tal vez desde este mismo punto en que ahora hablo, para celebrar las glorias de nuestros libertadores, pronunciando tambien su fallo justo sobre nuestras desgracias, nuestros desaciertos y nuestras esperanzas. ¡Que cada vez que este día luzca sobre el horizonte, el amor de la independencia sea un sentimiento mas vivo, que se encuentre la libertad mas asegurada y la igualdad con nuevos progresos! En fin, señores ¡que el día 16 de Setiembre sea siempre un día de paz y de ventura!

Puesto ya en prensa el único discurso que pude encontrar del Sr. Gutierrez Otero, debo al favor de un amigo, otro, del mismo orador y que inserto á continuacion con el objeto de que el lector pueda apreciar el mérito de ambas piezas.

SEÑORES:

El deber que hoy hemos venido á cumplir, es un deber consagrado por la gratitud nacional, y por la piedad del género humano. En la vida de los pueblos, como en la vida de los hombres, los sucesos que han pasado dejan recuerdos y memorias perdurables, y tan variados como los sentimientos del alma.

La alegría y el placer solemnizan el aniversario de la gloria y de la fortuna. El orgullo y la injusticia señalan tambien, con estrepitosas aclamaciones, el día que vuelve con la memoria de los conquistadores de la tierra; y el Sol alumbra otra vez las lágrimas del dolor, cuando en su curso reproduce los días en que las naciones han sucumbido luchando con el infortunio.

El recuerdo de hoy no se parece á ninguno de estos recuerdos; y los sentimientos que escita son tan indefinibles y variados, y las emociones que produce tan misteriosas y sublimes, que la débil palabra del hombre no acierta á descifrarlas ni á describirlas. Desde que nuestra patria se cuenta entre las naciones de la tierra, cada vez que este hermoso día luce sobre el horizonte, alumbra una fiesta nacional, en la que millones de hombres algunos por la primera vez, y otros tambien por la última, todos saludan estasiados de gozo y de placer, el instante en que á la voluntad del Eterno, se interrumpieron tres siglos de silencio y de pena. Y este espectáculo cada año repetido, y estas memorias de gloria y de gratitud siempre reproducidas, y estas emociones de júbilo y de entusiasmo, y estas esperanzas dulcísimas de consuelo y de bienestar, trasmiti-

das tantas veces desde esta tribuna, y espuestas bajo tan variadas formas, no han perdido nada de su encanto y de su novedad; porque los sentimientos sublimes y elevados del corazón son inagotables, como el soplo de la divinidad los infundió en el alma del hombre.

Este recuerdo, señores, esta memoria del 16 de Septiembre de 1810, este aniversario solemne de la hora en que el humilde párroco de un pueblo obscuro y olvidado, seguido apenas de un puñado de hombres inermes, consagró su vida en holocausto á nuestra patria, proclamando el primero su emancipación; no es simplemente un fasto nacional que cualquier otro pueblo envidiaría. La humanidad nos reclama esta gloria como una de las mas brillantes de su carrera: la virtud presenta para esos hombres las mas bellas é inmarcesibles coronas de gloria, y la religion consagra su memoria como la de los sublimes instrumentos de uno de los designios mas admirables de la Providencia.

Pueblo de ayer, nacion nueva é inesperta, una de las páginas mas bellas de la historia del hombre es ya nuestra; y bien podemos en esta solemnidad meditar sobre el papel que la Providencia nos ha confiado en el universo, para conocer toda la importancia y grandeza de los recuerdos de este día.

El descubrimiento, la vida, los combates, y la libertad del Nuevo Mundo, han sido uno de los sucesos mas admirables de la historia, una de las revoluciones mas prodigiosas de la especie humana; y con todo, multitud de generaciones que habian visto estos sucesos, pasaron desapercibidas de su verdadera grandeza, porque no se habian verificado todavía los acontecimientos que revelaban los designios de Dios.

Trescientos años hace, señores, cuando la inteligencia despertaba del profundo sueño de muchos siglos; cuando el espíritu de investigación y de duda que todo lo ha cambiado y

destruido, se presentaba sobre el cielo como el pálido crepúsculo de un planeta desconocido, en la hora de los descubrimientos mas asombrosos y en la víspera de revoluciones terribles; el Nuevo mundo apareció á la Europa admirada, risueño como una fábula, magnífico como una nueva creación, precioso como el mas rico de todos los tesoros otorgados al hombre.

Las generaciones que escucharon aquella nueva, no podian predecir el porvenir, no podian sospechar los cambios inmensos que se iban á verificar, y la raza de Europa con sus tradiciones de salvación y sus tesoros de esperanza, corrió presurosa al Nuevo Mundo, sin sospechar los misterios de que iba á ser instrumento; sin ver siquiera que Dios la habia dividido en dos porciones, y que habia confiado cada una de ellas á un mundo distintito, para que ambas crecieran y vivieran de una manera del todo diversa. En el espacio de algunos años; unos cuantos pasajeros atravesaron las olas del Océano silenciosos y meditando; y ora con graves y solemnes pensamientos religiosos, ora con alborozadores proyectos de fortuna, arribaron á las playas del Nuevo Mundo, como la simiente que Dios hace que el torbellino conduzca á una tierra nueva que la fecundara con su calor virginal: los designios de la Providencia eran todavía un secreto.

Pero muy luego el movimiento de la especie humana comenzó á hacerse notar, y la historia de estos tres siglos, mostró el diverso papel que aquellas dos secciones hicieron durante esta época, en la revolucion asombrosa de que nuestra vida ha llenado algunos momentos. Mientras que los pueblos de Europa, agitados por el impulso de las nuevas ideas que adquirian, y de las nuevas necesidades que se habian formado, luchaban ardorosos contra las instituciones herederas de los siglos; mientras que la reforma devoraba el Norte como un incendio que todo lo destruye, y ponía á discusión las mas grandes y ter-

ribles verdades, las verdades religiosas; mientras que el espíritu de cnda y de independencia que ella habia afirmado, se aplicaba á la ciencia de los derechos y deberes, y animaba á los hombres para buscar instituciones políticas fundadas sobre sus derechos y calculadas para su felicidad, produciendo revoluciones espantosas; á la hora en que los tronos caían, en que las clases se confundían por la destrucción, y en que el pueblo, venciendo á sus enemigos, ensayaba el modo de organizar su fuerza y su imperio; durante éstos tres siglos tormentosos, la raza del Nuevo Mundo, esenta de cuidados y guarecida de las tempestades de su tierra natal, crecía quieta y pacífica, robusta y vigorosa; y mas de una vez, las tristes miradas de las víctimas de aquellas conmociones, señalaban la América como el refugio de su poder amenazado. ¡Vano error!

La América estaba reservada para consumir aquella revolución. Todos los principios que la inteligencia conquistaba, todos los medios de perfección y de progreso que la humanidad adquiría, entraban á formar parte de sus riquezas, sin que le costaran ni sangre ni combates. Y cuando esos principios estaban ya adquiridos y reconocidos; cuando las revoluciones habian demostrado la fuerza y el poder de estas ideas; cuando solo faltaban pueblos suficientemente preparados para la revolución, pueblos en que las instituciones antiguas no tuvieran las hondas raíces, que en Europa las harán subsistir todavía por algunos siglos; entonces Dios llamó á la raza trasplantada, quebrantó las cadenas de aquellos pueblos que con solícito cuidado habia hecho crecer en los ignorados bosques del Nuevo Mundo, y los lanzó en el combate para que peleasen, primero por su propia *Independencia*, y despues por realizar aquel estado social á que estaban llamados, y que es todavía la utopia del mundo antiguo.

Esta ha sido, señores, la revolución del Nuevo Mundo, y

éste el acontecimiento de que hoy nos ocupamos, porque hoy hace treinta y cuatro años que este combate comenzó entre nosotros.

El movimiento de *Dolores* no fué, pues, la obra de la casualidad, ni el simple esfuerzo de una colonia, que quiere sacudir el yugo de la metrópoli. Considerando los sucesos con alguna mas estension y profundidad, vemos que aquella empresa no fué mas que un medio de hacer triunfar una causa mas grande y mas universal todavía; la causa de la emancipación de la especie humana.

El principio de la libertad de México, fué tan puro y sublime, como lo era su causa. Ningun nuevo impuesto habia hecho sentir la dura mano de la metrópoli. Ningun infortunio nuevo habia venido á recordar la dura y humilde condición de esclavo. Por el contrario, México acababa de pasar por la época mas brillante que tuvo de colonia: acababa de ver en su seno matemáticos, poetas, juristas y sábios, que le hubieran dado un nombre en Europa; se estaba enriqueciendo con preciosos monumentos de las artes: su prosperidad material crecía todos los dias, y ni aun vislumbrarse podia, hasta donde le amenazaran las revoluciones y la decadencia de la madre-patria.

Mas el estado colonial, y las consecuencias indispensables de él, eran un agravio y una afrenta permanentes; y sin mezcla de ningun interes material, y sin un acontecimiento visible que determinara aquella grande revolución, los hombres escogidos por Dios para sus instrumentos, revolvían con dolor en su corazón los agravios de su patria, meditaban sobre los derechos imprescriptibles de las generaciones humanas, y se concertaron para alzar el sagrado pendon de la *Independencia*; ese pendon, señores, que ahora miro hondear magestuoso y brillante sobre nuestras cabezas, y que en ese dia flameó por la

primera vez al sonido de un grito de muerte, y á la luz pálida del estallido del cañon.

Los mismos que proclamaban la emancipacion ignoraron quizá, como ignoramos hoy tambien nosotros, las consecuencias inmensas que iban á realizar. ¡Quién es el que conoce los arcanos del porvenir! El pendon glorioso de la *Independencia*, cuando se alzaba terrible y amenazante, anunciaba sucesos incomprendibles, y proclamaba principios de consecuencias incalculables. Esa bandera, señores, proclamaba la emancipacion de millones de hombres destinados á la esclavitud, en favor de una corte lejana y ávida de sus riquezas; proclamaba el dogma santo de que estos hombres, libres por la naturaleza, tenian derecho de organizar su asociacion política de la manera que lo creyesen mas conveniente á su propia felicidad; proclamaba la igualdad de todos los derechos y de todas las obligaciones, estinguendo las distinciones absurdas y funestas, que han dividido á los pueblos en dos razas, la una de señores y la otra de esclavos, y proclamaba, en fin, la máxima fundamental de la libertad del pensamiento, que conduce á todas las mejoras, y sanciona y protege todos los derechos.

Estos principios, proclamados en diversas épocas, y desarrollados de mil maneras diferentes, constituían la verdadera cuestion de *Independencia*, y abrazaban en su conjunto todas las verdades, todos los derechos de la especie humana; la libertad del pensamiento, la libertad civil, la libertad política, la libertad religiosa; en una palabra la libertad radical y completa de la especie humana, sancionada por el dogma de la igualdad y encaminada á la perfeccion moral del hombre. Si nos ha tocado solo la gloria de combatir por estos principios, ó la de realizarlos sobre el mundo, lo dirá el porvenir, y lo revela ya el exámen de los elementos con que contamos, y de los resultados que hemos obtenido.

Pero tan pura, tan grande y tan noble como es esta causa, por ella nuestros padres pelearon sin cesar durante once años; y México; puede levantar orgullosa la cabeza para recordar como ha luchado por la emancipacion de la especie. Un grande pensador ha dicho: "que la Providencia es parca con sus "grandes hombres, y que no los manda al mundo sino cuando "van á gobernar acontecimientos de su tamaño;" y por cierto que para la *Independencia* de México Dios no escaseó sus tesoros.

Buscad todas las grandes acciones que la historia enumera; inquirid cuales son las altas cualidades que han constituido á los héroes, cuya memoria el universo admira; recordad los sacrificios mas largos, mas costosos y mas sangrientos que presenta la historia de los pueblos, y vereis que estos once años todo lo encierran y todo lo abrazan; que no hubo una virtud que no se consagrara por un recuerdo sublime, ni cualidad eminente que no brillase en un raro y escogido modelo. La prueba de todo esto es la historia de once años, los hechos que en ese periodo han pasado por el testimonio de un pueblo entero.

Naciones hay que contarán acaso el número de sus mártires, y el de sus campos de batallas, y podrán perpetuarlos hasta sus últimos descendientes. Nosotros hemos asistido, se puede decir, al sacrificio completo de una generacion: los combates fueron diarios y sangrientos; y muchas veces el Sol en un mismo dia alumbró diversos campos de batalla, todos llenos de víctimas y cubiertos de sangre..... Nunca hubo un combate mas obstinado y sangriento, y ningun pueblo de la tierra pudo repetir con mas verdad, que sus campos habian sido talados, sus casas y sus ciudades entregadas al fuego, y sus hijos, sus esposas y sus madres, abandonadas á una desolacion universal. Los hombres caían á millares, como las hojas sacudidas en los bosques por la furia del huracán.

Y todos estos sacrificios eran puros y sublimes. Los grandes hombres de la *Independencia* que hoy celebramos, no corrieron tras de los honores ni el mando: su patriotismo nada tenía de equívoco, con el de los que conquistaban los puestos públicos en nombre de la libertad, ó el reposo de las naciones: su vida fué una vida de sacrificio y de consagración, y la muerte, el único destino de que estaban seguros. La muerte segaba todos los días sus cabezas preciosas en los combates y en los cadalsos; y ante el cañon enemigo, como bajo la mano del verdugo, su firmeza y su valor no se desmintieron jamás. La posteridad tendrá en esa guerra incontables ejemplos de magnanimidad que imitar, y la muerte de *Hidalgo*, de *Morelos* y de *Mina* podrán compararse á los mas admirables ejemplos de la antigüedad. El heroísmo llegó á ser vulgar, y dejó de sorprender.....

Pero, señores, acaban de salir de mis labios nombres que ningun mexicano puede pronunciar sin orgullo y sin ternura. ¿Qué hay mas admirable y mas sorprendente, que la marcha en que el jóven navarro con solo un puñado de héroes, atravesó un país desconocido y enemigo, derrotando cuanto se oponia á su marcha, deshaciendo ejércitos siempre diez veces mayores que el suyo, y penetrando así hasta el interior del país, donde abandonado de la fortuna y no de su corazon, halló la muerte de los héroes? ¿Qué nacion del mundo, ni que revolucion humana hubiera desdeñado á *Morelos* por caudillo?..... ¿Ni qué hay tan grande, poético y sublime, como el anciano de *Dolores*, que desconcertado en sus proyectos, en el momento que ha sido descubierto, va y toca la humilde campana de su iglesia, proclama la libertad del Nuevo Mundo en el silencio de la noche, y se lanza luego al combate, hiriendo y destruyendo por todas partes?

Los objetos colosales, señores, no pueden comprenderse, sino

viéndolos á la distancia conveniente; y solo dentro de algunos años, y á la vuelta de algunas generaciones, podrán conocerse á los que vimos demasiado en el mundo, para que podamos conocerlos bien en la historia; y entónces, cuando se contemplan estas figuras ya lejanas ó iluminadas de gloria, tendrán para la posteridad tanta grandeza y tantas maravillas, que los héroes ensalzados por el canto de los poetas, parecerán pequeños, como son pequeñas las concepciones del hombre ante las grandiosas creaciones de la Divinidad. Solo entónces se conocerá lo que valian *Galeana y Matamoros, Allende y Cos, Rayon y Moreno, Guerrero é Iturbide*

Y entónces solo tambien, señores, se conocerá la pérdida deplorable que la República acaba de hacer en este último y luctuoso año, en el que con tantas ilusiones perdidas y tantas esperanzas cruelmente burladas, han desaparecido de enmedio de nosotros *D. Miguel Ramos Arizpe, D. Guadalupe Victoria y Doña Leona Vicario de Quintana*. Es este el primer año que la posteridad existe para ellos: son estos los días en que el sepulcro ha puesto el sello á su gloria; y ésta es por consiguiente la primera vez en que sus nombres pueden ser proclamados en esta solemnidad, consagrada á la memoria de aquellos á cuyas virtudes heroicas debemos esta nacionalidad que celebramos.

Paguemos, pues, á su memoria este primer tributo de gratitud: lloremos ¡ay! á los que hemos perdido sin que falte nada á su fama, cuando es cada día mas triste é irreparable su falta. La generacion de la gloria va desaparecido ante la generacion del dolor y del infortunio.....

Señores: Al venir á este lugar, á consagrarnos á este recuerdo, las heridas del corazon se habian cerrado, y el alma podia olvidar sus dolores: esta memoria las viene á abrir de nuevo.

¡Cuántas veces viendo la suerte de los grandes hombres de

la *Independencia*, hemos podido preguntar con vergüenza y con dolor, para qué los había dejado Dios entre nosotros!

¿Por qué Cuilapa no reclamó su víctima ilustre, cuando la cólera del Señor había arrojado sobre otro pueblo la sangre, despues traidoramente vertida sobre nosotros? ¿Por qué el último, y no por cierto, el menos grande de los héroes de la *Independencia*, debiera ser la primer víctima de nuestras infortunadas revueltas, la primera víctima, cuyo sacrificio invocará la venganza del universo y del cielo?

¿Para qué *Victoria* escapó al suplicio, á los combates y á la miseria, si su nombre purísimo y sin mancha había de venir á perderse en el fango de las guerras civiles; si había de morir oscuro y olvidado, el que fué un modelo de constancia y de virtudes republicanas? ¿Ni qué tenemos derecho á reclamar, cuando hemos visto morir en *Ramos Arizpe*, á uno de los padres de la *Independencia*, y de los mas ardientes defensores de la libertad, sin que sus conciudadanos se apresuraran á hacerle los últimos honores, ni que su memoria haya recibido todavía los homenajes debidos á su valor, á sus servicios y á su consagracion perpetua á la causa de la República? La *heróina*, á quien lloramos hoy tambien, despues de haber mostrado que las mujeres, tiernas y delicadas, que nacen bajo el cielo de los trópicos, igualaban la grandeza de ánimo y la sublime piedad de las nobles romanas, ha desaparecido igualmente despues de haber llorado lo que todos hemos visto, nuestras fortalezas selladas con las huellas de un pabellon extranjero, á Tejas perdido, y á la República dividida en fracciones, que se despedazaban en los furoros de la anarquía, ó que abyectas y sumisas parece que desmentian los grandes hechos de la *Independencia*, y se declaraban indignos de aquella raza de héroes.....

Señores: Yo veo que el rubor y las lágrimas asoman á vuestro semblante, recordando la época luctuosa y cruel que ha se-

guido á la *Independencia*. ¿Quereis que yo describa el triste cuadro de la República, cuando entregada á la lucha de facciones impías, los hombres justos y celesos de la gloria de su país, al oír las imprecaciones con que los combatientes pedían al cielo el triunfo de su causa, han tenido que esclamar horrorizados, con el profundo historiador de Roma: "Utrasque impías preces, utraque detestanda vota, inter duos, quorum bello, so- lum id scires, deteriorem fore que vississet (*)." ¿Quereis que os muestre como en estos triunfos impíos todos los principios han sido insultados, todos los derechos conculcados, todos los absurdos proclamados.....?

No ¡mexicanos! Las lágrimas de este dia deben ser lágrimas de gratitud y de ternura, y no de dolor y desesperacion. Mas vergonzosa era la esclavitud extranjera, que la anarquía doméstica; mas duras y pesadas fueron las cadenas de tres siglos, que el mal estar de quince años de discordias: para la *Independencia* se necesitaban mil veces mas esfuerzos que los que bastaran para consolidar la libertad, y nuestros padres no por esto vacilaron, ni su obra dejó de realizarse. Tenían fé en el porvenir, y no peleaban por ellos sino por sus hijos. Las grandes obras no son el fruto de una generacion; y para llegar al punto en que hoy estamos, miles de años han pasado y centenares de generaciones han muerto menos afortunadas que lo que lo somos nosotros con nuestras desgracias, lamentables por cierto, pero pasajeras. Ved lo que eramos y lo que somos, y entónces nuestra vida, con sus azares y con sus tormentas, con su incertidumbre y sus dudas mortales, con sus cruentas desgracias y sus recuerdos de vergüenza, os parecerá menos mala que lo que ha pasado y preferible á cuanto vieron nuestros padres.

(*) Ruegos impíos ambos, votos igualmente detestables, entre dos campeones, de cuya lucha solo se supiera que el que venciese seria siempre el peor.—Pacito, Hist. Lib. 1, Núm. 50.

Un gran designio providencial se está realizando, señores, y es visible, cómo la mano de Dios levanta en el Nuevo Mundo el *Imperio de la democracia y de la libertad*. Todo se conmueve y se trastorna, y los elementos de esta obra inmensa quedan ilesos, y crecen, y se fortifican en medio de los combates. Estos cambios continuos y esa inestabilidad religiosa, nada han fundado; pero han destruido lo que debían destruir, y no han dejado cimentar nada de lo que pudiera hacerlos retroceder. Gime todavía el mundo antiguo bajo el peso de las ruinas de la feudalidad: la democracia apenas comienza á hacer ensayos, y la nobleza y la monarquía han salido de la lucha, disputando todavía el imperio del mundo; mientras que nosotros nada de esto tenemos ya. Treinta años hace, que obedecíamos á los nobles y á los reyes; que estábamos divididos en castas, y que creíamos que la soberanía del pueblo era la herejía mas execrable.

Y ahora, ¿dónde están los que esto predicaban? ¿Dónde está el edificio que levantaron tantos siglos? No tenemos ya, ni nobles, ni reyes, ni señores de derecho divino: en el curso de las revoluciones la ambición y la tiranía están condenadas á la humillación de pedir sus títulos al pueblo que oprimen; y cuando estos nombres de libertad y de igualdad resuenan en los aires, ¿quién es el que viene á predicar la esclavitud, ni á proclamar absurdas distinciones de nacimiento, títulos mentidos de la divinidad?

Nadie: la república, y la *República democrática*, es un hecho consumado. La igualdad y la libertad no están proclamadas en los libros: grabadas profundamente por la fuerza de los sucesos humanos; encarnadas con el espíritu y los intereses de las generaciones que se suceden, para vencerlas sería preciso destruir el orden físico y moral del mundo, arrancar del corazón los sentimientos mas caros, borrar de la inteligencia las

verdades mejor conocidas, y destruir hasta la memoria de los medios porque se habían obtenido estos adelantos; sería necesario, señores, pervertir y embrutecer á la especie humana. Este absurdo es la única esperanza racional de los partidarios de la retrogradación.

Por el contrario, los que lleno el corazón de placer y con el alma encantada por plácidas esperanzas confían en el porvenir de la especie, y celebran los días en que en el mundo ha comenzado sus revoluciones salvadoras, bien pueden descansar tranquilos en las leyes mejor observadas durante tantos siglos; en las verdades mas consoladoras en que cree el género humano. En lo pasado inmensos han sido los beneficios de Dios, inagotables sus tesoros. Nuestros fastos cuentan, contienen y a, los mas dulces recuerdos: nuestros hombres grandes ocupan un elevado asiento en la mansión de los héroes, y las páginas de nuestra historia brillan con una luz que no se ofuscará jamás. La Providencia que nos ha cuidado, no se desmentirá, y al través de la furia de los vientos y de las tempestades, *la mano* que mueve al mundo nos hará llegar á nuestro destino, al destino de libertad y ventura que señaló en su sabiduría eterna, y cuya carrera comenzamos *el 16 de Septiembre de 1810*.

¡Día de sublimes recuerdos y de mágicas inspiraciones! Yo, en medio de este pueblo que te saluda, vuelvo á proclamarte y á bendecirte como el mas grande de todos nuestros días. Tu memoria es una memoria de orgullo, que recogimos un día admirados de tantos prodigios, cuando nuestros padres con voz enternecida nos referían tus sucesos: tu gloria, como la estrella solitaria que luce para el navegante perdido en la inmensidad del Océano, ha sido nuestra única esperanza, nuestro culto mas querido, cuando el infortunio con mano de hierro nos oprimía..... Nuestros hijos recibirán de nosotros este recuerdo

cada día mas caro, como una prenda preciosa de salvacion y en la larga vida de las naciones cada vez que suenen estas horas de plácida ventura, felices ó desgraciados nuestros hijos y los nietos de nuestros hijos, se reunirán siempre, para celebrar el instante primero de la vida de la patria, para pagar un tributo de gratitud á la memoria de los grandes hombres de *a Independencia*; y todas estas generaciones levantarán al cielo su voz, y dirán estasiadas de alegría y de piedad: ¡Ser Eterno, creador y conservador de las sociedades humanas: Nosotros te bendecimos, porque el 16 de Septiembre de 1810 nos concediste la *Independencia* y la *Libertad*!

OBSERVACIONES.

Las dos piezas oratorias que he presentado al lector, de Gutierrez Otero, no obstante que á primera vista se descubre su mérito, y dan á conocer al orador; por informes que he recibido de personas que lo conocieron y trataron, se puede asegurar pronunció otros discursos muy superiores á los que he publicado, tanto por las materias que trataba en ellos, como por lo castizo y correcto del lenguaje.

Gutierrez Otero como orador parlamentario, es verdaderamente notable y tal vez uno de los que mas han figurado en la tribuna. Su extraordinaria facilidad para rebatir á sus enemigos y confundirlos con la fuerza de sus raciocinios, la claridad de sus conceptos y la naturalidad y riqueza de su diction lo colocaban en las cámaras en un puesto superior considerándosele como á uno de los mejores oradores de aquella época.

Complicada la nacion en cuestiones gravísimas, amenazada su independencia con la guerra norte americana y combatida la

administracion del país por trastornos interiores, á la elocuente palabra de este distinguido orador se debió en mucha parte el que la nacion no se precipitase al caos y se diese solucion á la multitud de dificultades en que se veía envuelta.

Digno de la mas fuerte censura es que los gobiernos de aquella época no hubiesen tenido cuidado de recojer, coleccionar y publicar los muchos discursos parlamentarios que Gutierrez Otero pronunció en el Congreso y en los que trató con gran maestría cuestiones de altísima importancia para el porvenir de México. Demócrata de corazon, condenaba con varonil energía muchas de las ideas y teorías del retroceso, sin abrigar jamás ese ódio ni esa profunda aversion que desgraciadamente se nota hoy en los partidos políticos y que impiden el rápido progreso de la nacion.

En los dos discursos que he publicado de este orador, no solo debe fijar su atencion el lector en la belleza de sus formas, en la elegancia del estilo y en lo natural de sus descripciones, sino en lo profundo de sus pensamientos, en el estudio que hace de la historia y en la verdad y concision de sus consecuencias. Los cinco últimos párrafos del epílogo de su segundo discurso son dignos de imitarse, concluyendo el orador su último periodo con los siguientes rasgos de verdadera elocuencia.

¡Día de sublimes recuerdos y de mágicas inspiraciones! Yo, en medio de este pueblo que te saluda, vuelvo á proclamarte y á bendecirte como el mas grande de todos nuestros días. Tu memoria es una memoria de orgullo, que recogimos un día admirados de tantos prodigios, cuando nuestros padres con voz enternecida nos referian tus sucesos: tu gloria, como la estrella solitaria que luce para el navegante perdido en la inmensidad del Océano, ha sido nuestra única esperanza, nuestro culto mas querido, cuando el infortunio con mano de hierro nos

oprimia.....Nuestros hijos recibirán de nosotros este recuerdo cada día mas caro, como una prenda preciosa de salvacion..... y en la larga vida de las naciones cada vez que suenen estas horas de plácida ventura, felices ó desgraciados nuestros hijos y los nietos de nuestros hijos, se reunirán siempre para celebrar el instante primero de la vida de la patria, para pagar un tributo de gratitud á la memoria de los grandes hombres de la *Independencia*; y todas estas generaciones levantarán al cielo su voz, y dirán estasiadas de alegría y de piedad: ¡Ser Eterno, creador y conservador de las sociedades humanas: Nosotros te bendecimos, porque el 16 de Septiembre de 1810 nos concediste la *Independencia* y la *Libertad*.

CAPITULO VI.

RASGOS BIOGRAFICOS

DEL SEÑOR DOCTOR

D. JOAQUIN NAVARRO É IBARRA.

Los únicos datos biográficos que he encontrado de este apreciable orador y que á continuacion incerto, son los que publicó el Siglo XIX, en su número del 27 de Febrero 1851, al anunciar la muerte del Sr. Navarro.

“Para el partido liberal su pérdida ha sido lamentable, republicano sincero, legislador activo é inteligente, médico distinguido y hombre honrado, su memoria será perdurable en todos los corazones patriotas y amantes del verdadero mérito. Sus mismos enemigos en política tendrán que sentir en él, la pérdida de un adversario fuerte por el poder de la inteligencia; pero siempre noble y que combatió con buena fé y franqueza en el terreno de la razon, sin mas estímulo que el de sus propias convicciones, ni mas ambicion que la de cooperar á la consecucion del bien público. El Sr. Navarro ha muerto pobre, y un mes antes de cumplir treinta y un años.”